

estas grandes vías, se decretaron otras obras públicas, viéndose así en el Gobierno como en los particulares, en aquel orden de empresas, la universal emulación que todavía es una de las ideas dominantes.

Ocupado, pues, el gabinete en estas prácticas cuestiones, de las que sólo era distraído por el restablecimiento de las buenas relaciones con Nápoles, á cuya corte fué enviado como embajador el marqués de Villena, por las negociaciones con Francia, Cerdeña, Suiza y otras naciones, con el fin de celebrar tratados sobre el deslinde de fronteras, propiedad literaria, correos y otras materias, quedaron abiertas de nuevo las Cortes el día 5 de Noviembre.

A pesar del celo que el Parlamento parecía tener en favor de los intereses positivos, como el examen del presupuesto y varias propuestas entre las que figuraba un proyecto para la canalización del Ebro, no faltaban encendidas discusiones políticas, en las que si bien el Gobierno contaba con mayoría, no dejaba de advertirse que en nada había cambiado la actitud política de los partidos.

Entre todos los disidentes, la fracción conservadora era la que ofrecía mayor peligro para el ministerio, á tal punto, que llegó á creerse por un momento en la caída de Bravo Murillo.

Estos hechos coincidieron con el regreso de Narváez y de Istúriz, embajador en Londres, considerado éste como el hombre de las situaciones neutras y como el lazo de unión entre las diversas fracciones del partido moderado, de modo que ya en las conversaciones privadas se daban como ciertos varios nombramientos, cuando llegó á Madrid la noticia del golpe de Estado realizado en París por Luis Napoleón, en 2 de Diciembre, creando para Francia y para Europa entera una

situación nueva con diferentes influencias y con diferentes peligros.

Este inesperado acontecimiento fué un cable salvador para el Gobierno español, que apresurándose á reconocer la autoridad recientemente establecida en París, luego suspendió las sesiones el día 8 de Diciembre.

Un nuevo suceso, pero de orden distinto, parecía proporcionar á la Península una nueva garantía para su estabilidad interior.

La Reina dió á luz una princesa el día 20 de Diciembre, á la que se dieron los nombres de María, Isabel, Francisca de Asís y Cristina, asegurándose de esta suerte la sucesión directa de la corona.

Poco después, nuevos accidentes agitaron en diverso sentido la opinión pública al mismo tiempo que comunicaban mayor vigor á las ideas que comenzaban á dominar en las esferas del Gobierno.

Uno de ellos fué un motín militar al que siguió tan horrible como sangriento castigo, y el otro un atentado contra la vida de la soberana.

El día 2 de Febrero del año 1852, la Reina se dirigía al templo de Nuestra Señora de Atocha con el objeto de presentar la recién nacida, cuando de entre la gente que en su torno se aglomeraba en demostración de alegría y afecto, salió un sacerdote para arrodillarse á los pies de Isabel II, y mientras con una mano le presentaba un papel, con la otra le dió una terrible puñalada, que afortunadamente los bordados de su vestido impidieron internarse gran cosa la carne.

Semejante hecho causó indignación y horror en toda España, país prototipo de la lealtad, de la hidalguía y de la nobleza, y el regicida, que era un sacerdote de sesenta años llamado Manuel Martín Merino, fué ahorcado el día 7 de Febrero del año 1852.



CAPÍTULO XVII

OTRAS NACIONES DE EUROPA.—DESDE 1830 Á 1840

Bélgica y Holanda.—Polonia.—Sublevación de Varsovia.—Divisiones intestinas.—Batalla de Fraga.—Situación apurada de los polacos.—Los rusos se apoderan de Varsovia.—Tiranía de Rusia.—Italia.—Propósitos de Fernando II y de Carlos Alberto.—Estados pontificios.—El Pontífice Gregorio XVI.—Motines y trastornos.—María Luisa de Toscana traslada su gobierno á Plasencia.—Proceder de Austria.—Capitulación de Ancona.—Negativa del Pontífice á plantear las reformas indicadas por las grandes potencias.—Las sociedades secretas.—Gregorio XVI invoca el auxilio de los austriacos.—Los franceses en Ancona.—Motines en Holanda.—Se organiza en Bélgica un gobierno provisional.—Independencia de Bélgica.—Conferencias en Londres.—Leopoldo I de Bélgica.—Intervención francesa.—Inglaterra y Francia contra Holanda.—Portugal.—El usurpador D. Miguel es derrotado.—Capitulación de Evora.—Guillermo IV de Inglaterra.—Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas.—Muerte de Guillermo IV sucediéndole su prima Victoria.—Turquía.—Reformas de Mamud Kan II.—Mehemed Ali.—Intervención de las grandes potencias.—Ventajas obtenidas por Rusia.—El sultán Abdul-Mejid.

LA revolución del mes de Julio de 1830 en Francia, parecía ser una señal convenida para que también estallase en varias naciones de Europa.

Bélgica, por su parte, se emancipaba de Holanda, mientras que los pueblos alemanes reclamaban reformas y Polonia, intentaba por todos los medios sacudir el yugo que el ruso le impusiera.

Las instituciones que Alejandro fundara, y que en 1815 habían sido garantidas por Europa, habían ido desapareciendo una tras otra, bajo un ataque continuado de la administración rusa.

Abolida la publicidad de las sesiones de la Dieta, establecióse la censura, se prohibió la instrucción primaria, se limitó la superior, quedaron anuladas las garantías judiciales que se reemplazaron por comisiones de información, unido todo esto á las casi continuas violencias de la libertad individual, arrebataron á los polacos toda ilusión, induciéndolos á una resistencia activa, que dió lugar á la formación

de varias sociedades secretas, especialmente en el ejército.

Cuando en 1829 el emperador Nicolás fué á coronarse á Varsovia como rey de Polonia, se negó rotundamente á escuchar las humildes, pero fundadas quejas, de los polacos. Una vez más apuraron aquellos desdichados, hasta las heces, el cáliz de la amargura, resignados por el momento, pero cada vez más encendido en su pecho el santo fuego de la redención.

Concretáronse, pues, á esperar ocasión propicia y se presentó cabalmente cuando menos lo creían aquéllos.

Á las jornadas de Julio en Francia, sucedió el levantamiento de Bélgica, y á éste, las más profundas agitaciones de Alemania, y los polacos, que habían esperado con ansia un pretexto para sublevarse, no vacilaron un momento en protestar con las armas en la mano, de la repugnante tiranía que, por parte de los rusos, sufrían, sin más razón que la de ser más débiles.